

Arnaldo L. Toledo  
Chuchundegui

*Prácticas discursivas  
e identidad cultural.  
(Notas sobre un  
proyecto)*

**E**l móvil primordial de este proyecto es impulsar la puesta en práctica de ciertas perspectivas metodológicas mediante su examen y aplicación, lo que de ningún modo significa distanciarse de apremiantes exigencias de nuestra época: todo lo contrario. La actualidad del tema de la identidad cultural, que en otros momentos llegó a pensarse como dominante en el pensamiento cultural latinoamericano – una especie de obsesión de nuestra ensayística – es en el mundo de hoy cuestión de primer orden, a consecuencia, principalmente, de los difíciles desafíos que las culturas regionales, nacionales, locales, de minorías étnicas, o de pequeños grupos y aun de individuos, deben enfrentar ante la expansión global de una cultura estandarizante y dominadora, capaz de poner en peligro la sobrevivencia de identidades culturales de menor o nulo poder económico y político. Existe – nadie lo pone ya hoy en duda – la cultura de los grupos dominantes, que se impone como la cultura dominante; y tampoco cabe duda de que al poder le resulta difícil renunciar a la ambición de imponer su cultura, no por simple deformación moral, sino porque es condición del poder mismo. Cada cultura, cada lengua, es un patrimonio humano y debe ser protegido y preservado, lo cual no significa negar la tendencia hacia la mundialización a que conduce como tendencia ascendente el desarrollo de la humanidad. Construir una unidad planetaria donde la pluralidad cultural sea una riqueza humana protegida, es el ideal que mueve las mejores voluntades del mundo de hoy.

En cuanto a Cuba, debe señalarse la coyuntura específica actual (que no es exclusiva ni excepcional, dicho sea en justicia), de emergencia de complejos procesos culturales y manifestaciones identitarias que es preciso entender como parte de nuestra realidad. Se trata de los fenómenos asociados a la “diáspora” - se habla ya de una “literatura cubana de la diáspora” (en español) y de una literatura cubano-americana (en inglés) (Fornet: 2006) - , lo que puede extenderse a la noción de una cultura cubana en el exilio y a una incorporación de aspectos de la cultura cubana a la cultura norteamericana, todo lo cual genera complicados y hasta agónicos conflictos de identidades culturales y otros procesos de ardua comprensión, que vienen a sumarse a los desafíos que por su condición de país tercermundista le toca de lo que dijimos antes, y que hace que el tema en cuestión cobre una renovada fuerza en el debate intelectual.

No obstante, nuestro propósito no será reincidir en disquisiciones sobre el ser nacional o los rasgos definatorios de la identidad cultural cubana, menos aun en la perspectiva metafísica y conservadora de los muy frecuentes puntos de vista normativos que aparecen instaurados sobre todo en la conciencia común. Nuestra tarea es por el momento menos ambiciosa, más bien modesta. Más exactamente lo que nos interesa explorar son los discursos que configuran o *significan* (que están permanentemente *significando*) dicha identidad cultural, bien sea en una perspectiva dinámica o bien en la visión estrechamente metafísica o anquilosante antes aludida. Se trata de comprender, por una parte, la forma en que se construyen imágenes o versiones de la identidad cultural cubana en los disímiles discursos de la cultura, y el modo en que esas múltiples prácticas discursivas tributan a la conformación de la identidad cultural sobre todo en la conciencia o en el imaginario, entendido simplemente como la imagen proyectada por la comunidad en la conformación de su identidad.

El investigador Sergio Valdés en su libro *Lengua nacional e identidad cultural del cubano* (1998) ha dejado claramente establecidas las relaciones de correspondencia no necesaria que existe entre lengua y cultura: la existencia de una lengua común refuerza la existencia de una cultura común, pero la lengua por sí sola no garantiza; hay culturas distintas que se valen de una lengua compartida, de lo cual sobran ejemplos. (1998:14) Pero, por otro lado,

[6]

no es posible considerar la cultura fuera del lenguaje. Edmond Cros nos advierte justamente que lenguaje y cultura son dos nociones co-extensivas, si por lenguaje nos referimos, advierte, a todos los sistemas significantes de una sociedad determinada (2002: 12). De aquí subrayamos dos observaciones: primero, que la cultura, y con ello la identidad cultural, obviamente, dependen de múltiples “prácticas semióticas”, o múltiples “prácticas discursivas”.<sup>1</sup> Son los discursos diversos que tienen su campo de manifestación en la sociedad viva, en la praxis social real, los que van dándole significación. Elena Yedra Blanco, en su tesis doctoral “La formación discursiva colonial cubana en las regiones villaclareñas. Un estudio de los discursos y de la identidad cultural”, al estudiar el tejido discursivo que va conformando la siempre en movimiento identidad cultural, ha tomado en consideración diversos discursos, literarios y no literarios, todos los cuales tributan a la conformación de ese imaginario.

Es la noción de discurso (cuyo henchimiento histórico y cultural se remonta a los estudios de Mijail Bajtín) la que ha abierto fecundas perspectivas a estas investigaciones. Aquí entendemos por discurso todo el acto comunicativo, con inclusión de todos los actores, sociales y lingüísticos, profundamente enraizados en el contexto y la praxis social, y con la idea de que el texto resulta de la interacción fundamental que caracteriza al discurso.<sup>2</sup> La nociones bajtinianas del dialogismo, el género, la polifonía, etc.,

<sup>1</sup> Su significado coincide con discurso, pero empleado como término preferente a discurso, expresa un posicionamiento teórico ya que se enfatiza en que se considera al discurso como una forma de acción. (Ver Charaudeau-Maingueneau: *Dictionnaire...*)

<sup>2</sup> Teun A. Van Dijk ha puntualizado el concepto en estos términos: “El significado principal del término «discurso» tal como se lo utiliza aquí, y como se lo utiliza actualmente de un modo general en la mayoría de los análisis del discurso orientados socialmente, es el de un *evento comunicativo* específico. Ese evento comunicativo es en sí mismo bastante complejo, e involucra en el mismo a una cantidad de actores sociales, esencialmente en los roles hablante/escritor y oyente/lector (pero también en otros roles, como observador o escucha), que intervienen en un acto comunicativo, en una ubicación específica (tiempo, lugar, circunstancias) y determinado por otras características del contexto. Este acto comunicativo puede ser escrito u oral y realmente combina, sobre todo en la interacción oral, dimensiones verbales y no verbales (ademanos, expresiones faciales, etc.). Ejemplos típicos son una conversación corriente con amigos durante el almuerzo, un diálogo entre el médico y su paciente o la escritura/lectura de una crónica en el periódico. A esto podemos llamar el significado primario

están en las bases y todavía impulsan perspectivas muy productivas.

En el desarrollo de diversas prácticas de análisis del discurso ha cobrado auge esta línea de estudio, pues se trabaja a partir de la hipótesis de que las identidades culturales se construyen en/con los discursos. Todo discurso que describe una identidad, realmente está construyendo una interpretación o propuesta de la misma, con elementos tomados de la experiencia y organizándolos y jerarquizándolos con la intención de formular una presunta verdad y ejercer una praxis determinada. No se descarta aquí la deliberada construcción de una falsedad con determinados fines: campañas políticas, mercado, manipulación ideológica, etc.

Este punto de vista nos ayuda a entender por otra parte la cuestión identitaria en la cultura. Edmond Cros arroja luz sobre la relación entre cultura en general (tal y como se la entiende generalmente en la perspectiva del materialismo histórico, como el conjunto de los valores materiales y espirituales creados por el hombre...) y lo discursivo, al llamar la atención sobre su condición simbólica: "la cultura es un bien simbólico colectivo que existe precisamente porque es compartido colectivamente". (2002: 11) De lo que derivamos que sólo lo que adquiere un valor simbólico (lo que se *semiotiza*) puede alcanzar un significado diferenciador - identificador - y con ello reconoceríamos que hay otros valores que quedan en una zona penumbral, sin una emergencia significativa simbolizadora de la identidad. Por otra parte, están los que depositan toda su confianza sólo en los gestos, en los hechos, en las prácticas sociales, laborales, artísticas, etc., como garantes puros en su ínsita existencia prístina. A veces se pasa por alto esta evidencia: "No hay más sentido que el sentido nombrado, y el mundo de los significados no es sino el mundo del

---

*extendido del término «discurso».* (Teun A. Van Dijk: *Ideología*, 1999: 246)  
«En la práctica cotidiana de los estudios del discurso, sin embargo, también utilizamos a menudo un significado primario más *restringido* de «discurso». En este caso abstraemos la dimensión verbal del acto comunicativo oral o escrito de evento comunicativo y usualmente nos referimos a esa abstracción como *conversación o texto*. Es decir, en este sentido se utiliza «discurso» más bien para referirse al «producto» logrado o en desarrollo del acto comunicativo, a saber, su resultado escrito o auditivo tal como se lo pone socialmente a disposición de los receptores para que lo interpreten. En ese caso, «discurso» es el término general que se refiere a un *producto verbal* oral o escrito del acto comunicativo». (*Ideología*, 1999: 246-7)

[8]

lenguaje. (Marín: 25) Es decir, aquí ejercen su función “constructora” los discursos acerca de la identidad, los discursos instauradores, no necesaria ni exclusivamente profesionales, o académicos y científicos, sino aun los discursos comunes, los del intercambio cotidiano donde la gente conceptualiza y ejerce una determinada axiología y determina lo que vale o no, lo que es o no es, lo que corresponde a la cultura propia o a la ajena, lo que se debe aprobar y lo que merece ser reprimido. (Vid. Álvarez, 2005: 21)

Tenemos una larga tradición ensayística que se relaciona en muy diverso grado con el tema de la identidad cultural. La condición obvia de pueblo derivado o emergido a partir de un proceso colonial y de transculturación de variados elementos, ha hecho que a lo largo de nuestra historia se hayan sucedido insistentemente múltiples discursos de propósito indagador y configurador. O tal vez sea mejor decir, las sucesivas descripciones o definiciones de la permanentemente cambiante – cosa no siempre aceptada – identidad cultural del cubano. Para todo el que ha estudiado la cultura cubana, su historia y en particular su literatura, sus obras canónicas o no, esto se ha hecho evidente. Una apresurada y provisoria tipología de textos al propósito de recordar las principales direcciones es la que intentamos ahora, a sabiendas de que los hay irreductibles a la unilateralidad de todo encasillamiento y que la abundante producción desborda todo cauce.<sup>3</sup>

Advirtamos en primer lugar la variante que agrupa los textos que estudian la formación nacional. Son los trabajos que sobre todo desde la historiografía han indagado en la integración de la nación cubana, registrando inicialmente el surgimiento de las primeras señales de la nacionalidad, y luego la cristalización de la nación, con énfasis en las ideas políticas y económicas. Todo manual de Historia de Cuba, obviamente, elabora su versión del proceso, con mayor o menor énfasis, rigor o explicitud. No obstante, hay estudios más específicamente centrados en el tema, que por fuerza han aludido también a aspectos esenciales de la

<sup>3</sup> Véase, como utilísimo compendio y caracterización de tendencias y temáticas en el ensayo del siglo xx, los respectivos capítulos titulados “El ensayo y la crítica”, correspondientes a cada una de las dos etapas en que divide el proceso literario de la República la *Historia de la Literatura Cubana*, tomo II, pp. 63-108, y pp. 663-788.

cultura espiritual. Es el caso, por ejemplo, de ensayos como “De nacionalidad a nación en Cuba” de Sergio Aguirre; *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, de Fernando Ortiz; *Ideología mambisa*, de Jorge Ibarra, *En busca de la cubanidad*, de Eduardo Torres Cuevas, y otros.

Un segundo apartado podría reunir aquellos trabajos que se proponen el estudio de la identidad cultural en su realidad ontológica, en el que cabrían todos los trabajos acerca del llamado folklore, de las tradiciones orales, de los imaginarios, la mitología, la religiosidad popular, los ritos, etc.; las formas de uso del lenguaje, refraneros, dichos, dicharachos; las artesanías, técnicas, oficios, arte popular – música, danza, poesía, plástica, teatro, y otros. Recordemos los múltiples libros de recopilaciones e indagaciones de Fernando Ortiz, Lydia Cabrera, Samuel Feijóo, José Juan Arrom, Miguel Barnet, René Batista Moreno, entre otros. Los estudios de usos y costumbres, de psicología social, carácter, personalidad, en textos tan paradigmáticos y disímiles como son, por ejemplo, *Indagación del choteo* (1928), de Jorge Mañach; *Raíces psicológicas del cubano* (1960), de José Ángel Bustamante; *Un análisis psicosocial del cubano: 1898-1925* (1985), de Jorge Ibarra, hasta el más reciente *Por el camino de la mar o Nosotros, los cubanos* (2005), de Guillermo Rodríguez Rivera.

Por otra parte, están aquellos ensayos que de modo suplementario ofrecen una descripción de aspectos de la identidad, como es el caso, por ejemplo, del libro de José Antonio Ramos, *Manual del perfecto fulanista* (1916) que, aunque de finalidad esencialmente política, no deja de incorporar curiosas observaciones sobre la “personalidad” del cubano.

De capital importancia para este proyecto son los textos literarios, muchos de los cuales ofrecen como resultado secundario o impremeditado, una descripción de lo identitario; es lo que Vitier en su impar estudio ha llamado “testimonios del ser” surgidos como “tácita añadidura” (1998:398), y entre los que cabe incluir poesía, teatro y narrativa, y dentro de esta última, incluso el género de testimonio.

Y por último, los exámenes propiamente del discurso de la identidad. Se trata de los estudios de las formas en que los textos elaboran descripciones o definiciones de lo cubano, trátase de ensayo o ficción. Pensamos en todo texto de crítica literaria con contacto en lo textual que se ocupe de la configuración de lo na-

cional. Por ejemplo, los estudios sobre cronistas que se proponen registrar la fundación de una expresión americana, los casi obligados sobre *Espejo de paciencia* o sobre *El príncipe jardinero o fingido Cloridano*, en tanto que obras fundacionales de nuestra expresión nacional. Pero, sin dudas, dentro de este último apartado, el libro que se aplica al estudio del discurso identitario, en su modo más preciso, es *Lo cubano en la poesía*, de Cintio Vitier, sin olvidar otros, como el ensayo de José Lezama Lima, colocado como prólogo de su antología de la poesía cubana<sup>4</sup> o el de José Juan Arrom, "Cuba: trayectoria de su imagen poética", de 1975 (1985: 135-214), entre otros

El vínculo indisociable de discurso e identidad se evidencia desde las primeras expresiones. Ya pugna en los esforzados párrafos del Almirante, y en las estrofas densas y exactas de nuestro primer poema insular - "Espejo de Paciencia"- ; sobre todo en su propuesta "indiana" de la nueva comunidad social (heterogénea, "híbrida", solidaria), en su sabroso y orgulloso inventario de los dones terrenales, en su vívida estampa de barroca yuxtaposición y muchas cosas más, y no sólo en el valor eufórico de la palabra *criollo*, pero también en eso. Otros han incluido y analizado también las prosas notariales, las escrituras áridas de las actas capitulares, los textos eclesiásticos (Vid.:Yedra, loc. cit.). Debemos a José Juan Arrom un precioso estudio acerca de la Virgen de la Caridad del Cobre (Arrom: 1980:180-214), que va muy hondamente registrando el tejido del acriollamiento en la sustancia intangible del espíritu en el instante en que también cuaja el poema de Balboa, en algo que es más que una coincidencia; hibridez que comienza incorporando lo que para nosotros parecía inexistente: lo aborigen. El suceso cristaliza en el mito, es decir, en el relato, en el discurso narrativo de la leyenda de la aparición, con la barca y la tripulación de juanes de ingenuo y profundo simbolismo inaugural. Ese discurso temprano postula, como Balboa, una nueva identidad, aun antes de que un grupo de intelectuales criollos esgrimiera una ideología criolla, con claros postulados políticos, sociales y económicos, en forma de proyectos de autonomía, desarrollo de plantaciones, comercio, trata de esclavos, etc., en los finales del siglo XVIII, con ese iluminismo que alumbraba débil pero sensiblemente la nueva política del des-

<sup>4</sup> "Prólogo a una antología", en *La Cantidad hechizada*.

potismo (“ilustrado”), que trae las Sociedades Patrióticas, los nuevos dirigentes (Luis de las Casas), la prensa y la educación, y que adquiere entre nosotros un discurso riguroso de examen filosófico, económico, pedagógico, político, científico... coincidente con numerosos factores externos e internos, y una evidente emergencia de una fuerte y pujante comunidad criolla. El *Papel Periódico de La Havana* (nacido en 1791) ofrece espacio para múltiples intereses, pero entre ellos se afianza un discurso identitario, un costumbrismo y hasta un nativismo (pocos pero significativos textos de Manuel Zequeira y Manuel Justo Rubalcava) que lanzan hacia la conciencia comunitaria la imagen de un pueblo con rasgos emergentes propios, buenos y malos (que era necesario corregir) pero siempre caracterizadores de la nueva cultura criolla. No bastaba existir, tener un modo de hablar, vestir, bailar, comer, sentir el suelo natal... era preciso darle corporeidad discursiva, hacerlo significado manejable intelectualmente, saberse a través del discurso, cobrar conciencia de ello. Se ha señalado siempre, y demostrado exhaustivamente: el costumbrismo cumple esa función de autoconocimiento y encierra una posición crítica y reformista (en este caso concreto, de edificación de la nueva colectividad social). Con los años, hasta su madurez como género a partir de los años treinta del siglo XIX, fue profundizando su calado, y su crítica, y en la opinión de José Antonio Portuondo, llega a ahondar en las raíces de los males sociales que describe. (Portuondo: 1962: 26). Es un discurso distinto del que distingue el pensamiento sociológico-pedagógico y político del Padre José Agustín Caballero, o después, del Padre Félix Varela, quienes sin dudas descubren y a la vez impulsan rasgos, costados de la cubanía, pero están acudiendo sobre todo a argumentos y sentimientos políticos, patrióticos, los que se afianzan en el sustento de una cultura, aunque esa cultura en su totalidad, en su integralidad como cultura, que es total o no es cabal, no esté trabajada, estudiada, recreada o descrita por ellos. Esa construcción de una cultura en su totalidad interconectada de vida, la abarcan, componen y proponen sobre todo los poetas y los novelistas. Ese discurso que corporiza la cultura y la identidad de esa cultura como sentido, es sobre todo el discurso literario. José María Heredia, nuestro primer poeta de la patria, pero no sólo porque ya sea cantor de las ansias de independencia, de odio al tirano,

de condena a la atrocidad del régimen esclavista, de anhelos de una patria libre y sola en el firmamento de las naciones americanas emancipadas, sino también porque su poesía, su discurso poético, va a darle consistencia de símbolo, realidad semiótica, a esa patria tan románticamente sentida. Vitier anota la aparición del paisaje, como síntesis de emoción y naturaleza. En su insuperable análisis de lo cubano en Heredia (*Lo cubano en la poesía*) señala algunos de estos símbolos cristalizados como imágenes que defenderán, tanto como los combatientes en los campos de la guerra, la idea de Cuba, su consistencia de realidad distinta. Heredia inventa el paisaje cubano en su discurso poético. Aísla los elementos que habrán de entrar en él. Elige y nombra accidentes, fenómenos atmosféricos y climáticos, sonidos, horas del día, plantas, costumbres familiares, rasgos físicos y espirituales de la mujer, sensaciones físicas y sentimientos morales, emociones, distintas espacializaciones (proxemia), distancias, lejanías, horizontes, apartadas familias, cafetales, playas..., que son, por supuesto palabras, y más, y con esa compleja imagen diseminada a lo largo de sus grandes poemas (por ejemplo, "A Emilia", "El Himno del desterrado"), cargada de emocionalidad - filtrada en los epítetos, en los sucesos, en las descripciones de acciones, en la disposición espacial..., y no sólo directamente dicha (en los "¡Ay!", "¡Oh!", o en las penas y placeres declarados rectamente) -, Heredia hace una Cuba que ya se adentra por siempre en la conciencia cubana, como idea o ideal movilizador, como sentimiento que asegura la emoción afianzadora y la seguridad de la identidad.

Por supuesto que será el ensayo, en el terreno literario - que no el tratado, el manual, la monografía historiográfica o cualquier otro texto de carácter académico - el género que más rendimiento *inmediato* podría darnos desde una perspectiva discursiva. No está en su centro la cuestión de la ficción, que tantas complejidades suma al análisis. Su enmarcamiento en la situación de *diálogo* (la interactividad propia del discurso) se pone de manifiesto claramente, en tanto que género cuyo accionar en un contexto social cultural implica negar doctrinas contrarias, afirmar propias, persuadir, etc. El propio texto exterioriza esta condición polémica que es constitutiva del discurso y no meramente circunstancial. Cintio Vitier, por ejemplo, declara en su libro *Lo cubano en la poesía* que sus "dos principales enemigos han sido la psicología y

la sociología”, y a ellas ha declarado “desde el principio secreta e implacable guerra.” (: 397) Por consiguiente, ha elegido el conocer a través de la poesía (“Mi punto de vista ha sido estrictamente poético”); eso en cuanto al método, pero al ir mostrando los resultados de su indagación, esto es, los rasgos que definen lo cubano, es obvio que está corrigiendo la noción folklorista vulgar de lo cubano que se ha ido entronizando (por ejemplo, por el teatro vernáculo, o el negrismo en su derrotero más trivial.) Nos propone una ruptura con la imagen unilateral del cubano irresponsable y burlón, socavador de todo lo serio y profundo, insensible y procaz. Ruptura también de la amable imagen “folklórica”, vernaculista, tipicista, idílica, turística... En fin, un rechazo al conocimiento positivista y al rebajamiento de lo cubano por intereses presumiblemente demagógicos y mercantiles. Y, en lo más dramático, el libro también va enfilado a exponer la crisis de la nación en la última fase de la dictadura.

No muy diferente es el punto de partida de Fernando Ortiz en su singular ensayo *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, aunque tal vez menos obvio. Su posicionamiento “cualitativo” y humanista artístico se apunta en modos menos directos pero suficientes, ya desde la evocación en su inicio del Arcipreste de Hita y el célebre poema *Pelea que uvo Don Carnal con Doña Quaresma*, (*Libro del Buen Amor*) y sigue en la propia estructuración del libro, cuya parte principal y primera es un indiscutible texto de cualidades poéticas, para dejar como “Capítulos adicionales”, toda la documentación y minuciosa labor de fundamentación “cuantitativa” y demostrativa. La estrategia discursiva asumida otorga, al puntual y documentado contrapunteo entre la caña de azúcar y el tabaco, como dimensión significativa que opera simultáneamente, un sentido sostenido de oscuro e intrincado simbolismo, de modo que el complejísimo texto va arrojando una imagen de la integración nacional y de lo cubano identitario que es no sólo una de las más complejas que jamás se haya intentado, sino una de las más hondas e inagotables, y que conciernen a la formación histórica, carácter, cultura, identidad, conflictos, crisis, destino, etc., sin que sea posible delimitarla en una fórmula cerrada e inmóvil, precisamente por su propia consistencia simbólica.

La empresa que se abre y sus perspectivas son prácticamente inagotables. Hay obras numerosas y conjuntos que aguardan ser

interrogados desde otras perspectivas que las habituales. Toda la poesía cubana de la naturaleza; la poesía patriótica, configuradora de mitos, imaginarios, ideales; numerosos textos de José Martí, y ya en el siglo xx, de Jorge Mañach, José Lezama Lima, Fina García Marruz, José Juan Arrom, Samuel Feijóo, Virgilio Piñera, Dulce María Loynaz, Eliseo Diego, Alejo Carpentier, entre otros muchos que han propuesto ángulos originales y diversos de este asunto que aquí sólo hemos comenzado a esbozar.

### Bibliografía

- ACADEMIA DE CIENCIAS DE CUBA, INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA (2003): *Historia de la Literatura Cubana*, t. II, 832 pp., Letras Cubanas, La Habana.
- ÁLVAREZ ÁLVAREZ, LUIS Y MARGARITA MATEO PALMER (2005): *El Caribe en su discurso literario*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.
- AGUIRRE, SERGIO (1974): "De nacionalidad a nación en Cuba", en *Eco de caminos*, pp. 419-448, Ciencias Sociales, La Habana.
- ARROM, JOSÉ JUAN (1980): *Certidumbre de América. Estudios de letras, folklore y cultura*. Letras Cubanas, La Habana. Contiene: "La Virgen del Cobre: historia, leyenda y símbolo sincrético", pp. 180-214.
- \_\_\_\_\_ (1985): *En el fiel de América*, Letras Cubanas, La Habana.
- BUSTAMANTE, JOSÉ ÁNGEL (1960): *Raíces psicológicas del cubano*, 2da edición, La Habana.
- CROS, EDMOND (2002): *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*, Edición du CERS.
- CHARAUDEAU, PATRICK Y DOMINIQUE MAINGUENEAU (2002): *Dictionnaire d'analyse du discours*, 660 pp., Éditions du Seuil, Paris.
- FORNET, AMBROSIO (2006): "La literatura cubana de la diáspora y el dilema de las dos culturas: un testimonio personal" en: *La Gaceta de Cuba*, La Habana, (6): 42-46.
- LEZAMA LIMA, JOSÉ: "Prólogo a una antología" en: *La cantidad hechizada*, pp. 213-257, Ediciones Unión, La Habana.
- MARIN, LOUIS (2002): "Elementos para una semiología pictórica" (*Image 1*, Selec. y trad. Desiderio Navarro. Casa de las Américas, UNEAC, La Habana. Colección Criterios).

- IBARRA, JORGE (1985): *Un análisis psicosocial del cubano: 1898-1925*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana. Contiene: "Lenguaje popular, estado de ánimo y rasgos de psicología colectiva." (265-322)
- PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO (1962): *Bosquejo histórico de las letras cubanas*, Ministerio de Educación.
- RODRÍGUEZ RIVERA, GUILLERMO (2006): *Por el camino de la mar o Nosotros, los cubanos*. Publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana.
- VALDÉS BERNAL, SERGIO (1998): *Lengua nacional e identidad cultural del cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- VAN DIJK, TEUN A. (2006): *Ideología. Un enfoque multidisciplinario*, Gedisa, Sevilla.
- VITIER, CINTIO (1998): *Lo cubano en la poesía*, Edición definitiva, Letras Cubanas, La Habana.
- YEDRA BLANCO, ELENA (2003): "La formación discursiva colonial cubana en las regiones villaclareñas. Un estudio de los discursos y de la identidad cultural", defendida ante el Tribunal de Ciencias Filológicas el 5 de junio.